

VLADIMIR MAKANIN

ASÁN

TRADUCCIÓN DEL RUSO
DE YULIA DOBROVOLSKAYA
Y JOSÉ MARÍA MUÑOZ

BARCELONA 2015



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Асан*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2008 by Vladimir Makanin
Este libro ha sido negociado a través de Synopsis UK Limited
© de la traducción, 2015 by Yulia Dobrovolskaya Pesina
y José María Muñoz Rovira
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

La traducción de la edición y la creación de la maqueta de edición han sido realizadas con el apoyo financiero de la Agencia Federal de Prensa y Medios de Comunicación en el marco del Programa Federal «La Cultura de Rusia (para los años 2012-2018)»



AD VERBUM

ISBN: 978-84-16011-40-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 673-2015

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernació*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Sobre los carriles ya vacíos, en medio del espacio repentinamente abierto, se amontonan sólo ellos, los soldados de nuevo cuño. No hay nadie más... De pronto se ven. ¡Míranos! ¡Aquí estamos todos! Mientras tanto, el tren (poca cosa: únicamente dos vagones) que les ha traído, ese tren de mala muerte, tras los pitidos de rigor se aleja zumbando. ¡Es la guerra!

Hasta las narices quedaron de tanto tren, vale ya, fin de trayecto. Adiós a esos sofocantes y hediondos vagones, eternos como una pesadilla. Ahora, en cambio, el aire emborracha... ¡Dios, qué aire! Un instante y ya están confraternizando bajo el cielo del Cáucaso. ¡Hurra! ¡Hurra! Todos abrazados. El primer pelotón con el segundo... Lo importante, sobre todo, es que han conservado sus armas. (A pesar de la bebida. ¡O tal vez gracias a ella!). ¡Ánimo, soldado! Los rostros están ardiendo, todos de color rojo purpúreo. Poca broma: en esas mejillas se podría encender un pitillo.

¿Cómo es que sólo hay dos pelotones, y encima incompletos? ¿Por qué únicamente hay un oficial para todos estos soldados? Eso sin contar con que incluso éste se ha quedado fuera de juego: en la estación, antes de llegar a Rostov, le sacaron del tren por una estrangulación aguda de la hernia... ¿Cómo? ¡Otro que tal! Pero ¿es que ya no quedan en Rusia oficiales sin hernias, apendicitis y demás puñetas? ¿Dónde están los oficiales de verdad?

Tampoco está presente en el polvoriento andén el oficial de acogida. Aunque, pensándolo bien, si estuviera no haría más que incordiar. ¡A cascarla! No está y punto... El que sí está es aquel jefe cagueta de ojos inflamados. Lleva un brazal rojo. Éste, para variar, mete prisa a la soldadesca recién llegada: ¡Va, venga! Los echa del andén... Se muere por desha-

cerse de esos niños embriagados y con metralletas, de esa horda bisoña y tarambana. ¡Y a olvidarse otra vez de esta jodida guerra!

No hay otra cosa que preocupe a Brazal Rojo. ¡Rápido, la madre que os...! ¡Fuera de los carriles! ¡Eso es! Así va atravesando la estación tocada por los bombardeos hacia la plaza también algo dañada... Allí esperan los BMR¹ ¡Son para vosotros, chavales! ¡Para vosotros! ¡Adelante!

¿Dónde están?

Allí... Todos para allí, ¡al convoy!

Un soldado enorme, de esos que ninguna borrachera tumbaría, ruge:

—¿Qué convoy? ¡Eh, tú! ¿Dónde ves el convoy?

—Ahora vais a formarlo, a ver si te enteras. Todos juntos... Vosotros sois el convoy—explica Brazal Rojo—. Allí están vuestros BMR... También hay dos camiones vacíos del mayor Zhilin. Y otros tres camiones con bidones de gasolina... La gasolina también es del mayor Zhilin.

El nuevo apellido de marras mosquea enseguida a los soldados. A los quintos que acaban de llegar les mosquea cualquier nombre que se pronuncie con respeto... Gritan:

—¡Hay que ver! ¡Tíos! Es la leche... Encima iremos de acompañantes de vete a saber quién.

—No acompañáis, sino que formáis parte del mismo convoy. Juntos marz... march... avanza...—Brazal Rojo se lio con el verbo, con el principal verbo de la guerra.

Los soldados, sin formar filas, abandonan en tropel los carriles. Por fin... La plaza está llena de baches... Espoleados por el desenfreno etílico los soldados trepan a los BMR. Los BMR, cuatro vehículos de combate, poco a poco, uno tras otro, salen a la carretera... Se aproximan a los camiones.

La dirección es Bummat. Unidad militar n.º x. ¡Venga, venga! El convoy avanza a trancas y barrancas... ¡Vamos,

¹ Blindado medio sobre ruedas.

vamos! ¡Ahí están los camiones de gasolina! ¡No pasa nada!
¡Tranquilos, que no nos freiremos!

Aparece un anciano checheno de aspecto apocado. En su pecho lleva la placa distintiva de mozo de cuerda. La cabeza llena de canas. Un tic nervioso descompone su rostro.

Trata de agarrar a Brazal Rojo por la manga. Reclama su atención:

—Sáshik se va a enfadar.

—¿Qué quieres?

—¿Para qué enganchas los soldados a su convoy? Sáshik se enfadará.

—Que le den... ¿Tú los ha visto bien, viejo? ¿No ves a toda esta horda?

Los dos la ven... Los soldados tan pronto suben a los BMR como saltan otra vez al suelo. Buscan un sitio mejor, aquí, allá... Se ríen a carcajadas, se abrazan. Pese a la tremenda borrachera, abundan los semblantes resplandecientes. Esas miradas jóvenes, tan luminosas, tan cargadas de entusiasmo...

A Brazal Rojo le falta vigor. Pero... ¿y ese soldado? ¡Será estúpido! ¡Es como para darle una buena colleja! Se ha lanzado hacia los obreros del ferrocarril. Currantes chechenos y rusos pringados de grasa. Soñolientos... El soldado corre de un lado para otro. Gritando. Llamando. «¡Padre! ¡Padre!». Pregunta a los obreros por su padre... El soldado cree que todavía está cerca del Volga. ¡El pobre necio no se había despedido! Cree que su casa, su familia, están por aquí. Cerca. No comprende que está en Chechenia. «Padre, ¿dónde estáas? ¡Padre!».

Aquel soldado enorme, el que aguanta la bebida, se presenta como ayudante voluntario. Se llama Zhora. Un fortachón increíble... Zhora coge en brazos al soldadito y mientras lo lleva hecho un guiñapo hacia el BMR le va repitiendo con ternura:

—Encontraremos a tu padre. Luego lo encontraremos.
¡No seas cagueta, soldado!

Brazal Rojo conoce el paño. Por eso tiene prisa. Vaya si lo conoce: la borrachera que se oculta en los intestinos de los soldados aún no es lo que será, de momento sólo se prepara para atacar de verdad. No hay escapatoria... La auténtica embriaguez se apresta a machacar sus jóvenes cabezas. Diablos. Pero ¡con qué eficacia, con qué absoluta precisión el alcohol puede desenchufar a los chicos! Desconexión total... La madre que los parió.

En cambio Zhora... ¡Zhora le viene de perlas! Bendito grandullón.

También le será de ayuda el sargento resucitado. Ese sargento de doble apellido, Borzói-Babkin, que se ha despertado tras dormir la mona. No se acuerda de nada. ¿Quién es? ¿A qué pelotón pertenece?

—¡Tíos!—grita el sargento.

Sea como fuere, dos cabezas valen más que una. El sargento Borzói-Babkin y Zhora se van dando cuenta del percal. Mientras los borrachos siguen en plena confraternización, ellos dos ya comprenden que pintan bastos, que en semejante estado los reclutas lo tienen crudo para llegar a la unidad militar n.º x.

Brazal Rojo, no sin mordacidad, les tranquiliza:

—Llegarán... Pero no todos... Aquí nunca llegan todos.

—¿Y eso?

—Es lo que hay. Lo habitual aquí. Esto es Chechenia... ¿Os suena?

Brazal Rojo sabe de qué habla. Y por ello insiste. ¡Fuera de la plaza! Todos a los BMR... ¡En marcha, todos! No puede dejarse a nadie aquí, en la estación. No se lo permitiría siquiera con los difuntos de taberna, así que... ¿con esta horda? ¿Que duerman la mona? ¿Dónde? ¿Cómo?

Brazal Rojo se agarra a su pistola. ¡Estáis locos! ¿Que los soldados duerman? ¡Lo que faltaba! ¿Acaso han venido aquí a echarse una siesta? ¡Fijaos qué bonitos son los BMR que han venido a buscarlos! ¡Adentro! Arriba con los reclutas.

Digan lo que digan, el lugar de un soldado está en un BMR. ¡Menudos monstruos! ¡Y qué bravos se ven los chicos encima del blindaje! ¡Fenómeno! Lo único que les falta es una orquesta.

Zhora y el sargento, no obstante, agarran a Brazal Rojo. Por ambos flancos. Tú eres el jefe, ¡has de asegurar el camino!

—Sólo mando en la estación.

—¡Asegúranoslo!

Brazal Rojo, después de rumiar un poco, encuentra una especie de solución. Los tres camiones con los bidones de gasolina son intocables. La gasolina se transporta por orden del mayor Zhilin. No es un cualquiera, manda lo suyo... ¡Y no admite retrasos! Pero esta gasolina pasará por la carretera justo por delante de vuestra unidad...

—¿Y qué?

—Suma dos camiones vacíos...

—¿Y qué?

—Iréis como parte del convoy. ¿Está claro?

Brazal Rojo ha estado fino lanzándoles esta idea, la de los dos camiones vacíos. Por si los chicos acaban hechos papilla. Dos camiones irán casi vacíos, bueno, con el suelo cubierto de serrín. O sea, lo normal, serrín alfombrando la caja vacía... para mayor seguridad de las mercancías futuras.

Zhora y el sargento intercambian miradas. La sugerencia ha penetrado en sus molleras. El serrín. *No para asegurar las mercancías, sino para proteger a los chavales...*

Brazal Rojo, a su vez, sigue metiendo prisa, apremia a los últimos:

—¡No se puede! ¡Aquí no podéis estar! Fuera... ¡A los chechenos de Grozni no les gusta nada que se amontonen los soldados! ¡Deberíais haber llegado de noche! ¡A oscuras! ¡Para que no os vieran!

Mal que bien, el convoy ha salido por fin de Grozni y, al poco tiempo, las cosas se han puesto feas. Dentro de los BMR los chicos se han desmadejado. Mareados como sopas, se han puesto a vomitar. Se han ido asomando y encaramándose a la carcasa. Pero apenas aguantan ahí encima, resbalan por la chapa de los carros de combate igual que sacos... A la mínima que los vehículos aumentan la velocidad, caen como ciruelas maduras. Llueven soldaditos desde los BMR. Directamente a la carretera.

Detrás van los camiones. ¡Abrid los ojos, joder! Uno se ha roto el brazo... Al otro por poco lo estrangula la transmisión. Y los que van dentro de los BMR vomitan y se ahogan... La gloria militar no se alcanza porque sí.

El convoy se ha detenido. La soldadesca, instintivamente, sin que medie orden alguna, se traslada de los carros de combate a los camiones vacíos. Trepan, se arrastran... A algunos hay que echarles una mano. A los que se han desmayado, Zhora y el sargento Borzói los balancean sujetándolos por los brazos y las piernas y los tiran por encima de la baranda: a la una, a las dos, ¡ya! Todos revueltos... ¡Nada de pasar lista!

Ahí, dentro de los camiones, se está mucho mejor. ¡Sobre el serrín suavcito!... ¡Por todos lados afluye el dulce aire de la montaña! ¡Puro oxígeno! ¡Es el Cáucaso! El Cáucaso que, anunciando su plenitud, envuelve los sesos. Envuelve y acaricia las almas jóvenes... El Cáucaso llamándonos... ¡Los quintos están felices! De vez en cuando se ponen de pie en la caja del camión tambaleándose con el traqueteo. Agitan las metralletas (eso si Zhora o el sargento todavía no les han quitado el arma), se caen y vuelven a levantarse...

Por menos de nada abren fuego. ¿Dónde están los malditos chechenos? ¿Dónde está la guerra? ¡Comandantes, ¿dónde os habéis metido?! Algunos arden de impaciencia por entrar en combate, aquí y ahora... ¿Cuánto tiempo hemos de esperar? Hay que entrar en combate, en cualquier combate, antes de caer noqueados por el calor.

¡Al ataque! Cuanto antes, mejor... Estos malditos camiones, los de la gasolina, son un freno. Más que encabezar, traban el convoy. ¡La leche, pero qué cachaza! ¡Dejadnos pasar! ¡Si no fuera por vosotros ya estaríamos luchando! La culpa es de esos trastos.

Zhora y el sargento Borzói continúan quitándoles las armas a los más borrachos, ¡más vale guardar las metralletas debajo de la lona!

Zhora y el sargento se ven obligados a separarse: Zhora vigila la caja del primer camión vacío. Su tarea es acomodar sobre el serrín (mejor todavía: acostar) a los más borrachos y violentos. ¡A esos cualquier cantidad de vodka les parece poca! No les apetece dormir... Da igual, que se tumben... Y que se arrastren cuanto gusten por el serrín.

Para el segundo camión el sargento Borzói-Babkin ha agrupado a los más tranquilos y amodorrados. Que nadie se levante... A dormir sobre el serrín, ¿qué más se puede pedir?... Nada más acabar el pitillo, Borzói se queda tras-puesto.

No por mucho tiempo. Los durmientes se mueven. Uno levanta la cabeza... Otro llama en voz baja al compañero:

—Gilipollas... ¡Mujín!

Pero el sargento Borzói, tumbado encima (cubre a dos o tres soldados), permanece alerta incluso dormido. Vigila. Si alguno se mueve, el sargento, sin acabar de despertarse, enseguida se recuesta sobre él. Lo aplasta. Bajo el peso (y el poder) del sargento, el agitado se aplaca. Se duerme. Y, junto a él, se duerme el sargento. Aunque a éste nunca le dura mucho el sueño.

En cambio Zhora, en el primer camión, se mantiene de pie. A diferencia del sargento, no se arrastra por encima de sus tutelados. Con una zancada se planta ante quien sea que se levante y, acto seguido, simplemente derriba al camorrista de turno. ¡Toma! Y ahí tienes al otro revolcándose en el suelo del camión, sobre el serrín, gritando furioso:

—¡Cómo te atreves, hijoputa! ¡Me has pegado, a mí! ¡Al soldado Kóptev! ¡Me las pagarás!

Zhora ni siquiera le mira. De nuevo está solo de pie en la caja del camión. Se apoya ligeramente en la cabina... Está solo y observa la carretera. Solo consigo mismo. Le gusta cómo se levantan las nubes de polvo del Cáucaso. ¡Qué remolinos tan potentes!

El veinteañero Zhora disfruta de lo lindo. Ahí, de pie, en la caja del camión que corre a toda velocidad, se imagina de vuelta a su lejana y soleada infancia. ¡Al mismísimo meollo de su infancia! «Tengo cinco años—piensa—. No, mejor siete».

En el andén vacío se encuentra Brazal Rojo. Está algo estupefacto... Alrededor no hay más que carriles, carriles por fin vacíos. La estación vacía. Silencio.

Por detrás se le acerca de nuevo el anciano checheno. No trae la carretilla, pero sí lleva su inútil placa de mozo de cuerda.

Los dos guardan silencio.

—Sáshik se enfadará—sentencia de nuevo el viejo.

—Me importa un bledo Sáshik.

—No digas eso.

Brazal Rojo escupe. Gracias a Dios, se ha librado de esa tropa. ¡Hay que ver! ¡Nadie de Jankalá ha venido a recibir a los soldados!

A esos pobres desgraciados los han ido pasando de un tren a otro. Sin dormir. Sin comer... Y aún pueden considerarse afortunados: al menos se atiborraron de vodka... Primero dando tumbos de aquí para allá en las cercanías de Rostov. Se olvidaron de asignarles un oficial en sustitución del que cayó enfermo... ¿Cómo es posible que hubiera sólo un oficial? ¿Y que en Mozdok les hayan trasbordado hasta tres—¡tres!—veces?

—Hacía mucho que no se veían soldados como éstos—suspira el anciano.

—Tienes razón.

—Nunca los ha habido tan borrachos. Que yo recuerde.

—Hace un año sí que los había.

—¡Vaya! ¡Hace un año!

Brazal Rojo y el viejo están pensando lo mismo: ¿para qué envían aquí a estos soldados? ¿Quién los ha reunido? ¿De dónde vienen? Es como si llegasen del pasado.

—Sáshik se enfadará—repite el viejo, y suspira—. ¿Cómo se te ocurre meter a unos soldados desconocidos en sus camiones?

Brazal Rojo, tras soltar otro esputo, pregunta:

—¿Es que le has visto por aquí?

—Hace dos días.

—¿Cómo está?

El viejo musita con aire dolorido:

—Sáshik ha dejado de sonreír.